

C A P Í T U L O I V

De los primeros coloquios que pasaron entre D. Quijote y Sancho cuando salieron de la cueva de Montesinos.

Dejamos al pastorcillo de Montiel en camino, y al aparecido cuidándole el rebaño y dueño de la choza, personaje que a tiro de ballesta habrá reconocido el lector, lo cual nos excusa decirle formalmente quién pueda ser y la causa de hallarse en tan lastimoso estado. En alejándose el muchacho un buen trecho, o mejor, cuando ya se perdió de vista, volvióse D. Quijote rápidamente a la cueva de donde había salido, y asomándose por ella, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—Sancho!... ¡Sancho amigo!... ya puedes salir sin cuidado.

—Recuerde vuesa merced que estoy en cueros, y que así no saldré ni a palos.

—Ten listas las manos, que voy a echarte un trapillo con que te cubras, mientras nos llega la ropa que he mandado comprar. Sube sin miedo, que por esta abertura entra ya luz suficiente para que pises en firme.

Y D. Quijote echó, en efecto, por la boca de la cueva, un pedazo de trapo que todos los traperos juntos no habrían podido saber a qué género de tela pertenecía, porque en él fallaba la regla de que lo accesorio sigue a lo principal, siendo así que era todo remiendos de punta a punta y de lado a lado, trapo que halló en un rincón de la choza, del cual podría decirse, como de la perrilla de Marroquín, que no era un trapo deshecho, sino un deshecho traposo en figura de calzones. Con este menester tan menesteroso se medio cubrió Sancho y subió hasta la boca de la cueva, donde entabló con D. Quijote el siguiente diálogo:

—¡Por vida de todos los santos y santas del cielo! mi amo y señor, que estoy cada vez más confuso y atónito de lo que vuesa merced pueda imaginarse por esto que nos sucede. Le ruego de todas veras me vuelva a explicar punto por punto cómo ha sido eso del sueño o encantamiento en qué hemos estado, y por qué hemos venido a despertar en lo profundo de esta caverna, sin una hilacha de vestidos ni otros precisos menesteres, porque yo no he entendido jota de sus discursos ni de las grandes mudanzas que me dice haber en el tiempo y en las cosas.

—Sancho, que no vuelvas a usar esos términos de sueño y encantamiento, ni hablar de magias y hechicerías, porque eso no tiene hoy cabida entre la gente civilizada, sino con los nombres científicos de hipnotismo, espiritismo, sugerencias y otros más que la moderna ciencia les ha puesto, acabando con la ranciedad de aquellos otros nombres tan vulgares, que tuvieron su cuna y fueron usados en los siglos de la ignorancia y la barbarie. Advertido estás, y vuelvo a decírtelo una y mil veces, que los tiempos son otros, otras las costumbres y otros los pensamientos de los hombres; y contra los que sientan y sostengan lo contrario, batallaré sin descanso hasta rendirlos ante el ara del Progreso, que es la antorcha que ahora me guía, y la cual debe brillar en todos los rincones del mundo, y recibir la adoración y sacrificios de todas las gentes, so pena de fulminar contra los rebeldes el formidable anatema de ignorantes y refregados.

—Tan mudados deben de estar los pensamientos, que me maravilla no haber oído hasta ahora en boca de tan galante y rendido amator, como fuera D. Quijote de la Mancha, ni una letra siquiera del nombre de mi alta y benemérita señora doña Dulcinea del Toboso, lo que me prueba que ya su merced la tiene en olvido, o que otra gran señora le ha robado el corazón.

—Trabajo me ha de costar, Sancho, ponerte al corriente de mi nueva profesión, y penetrar tus entendederas, que por desdicha son muy pocas, de los principios e ideas ahora dominantes, que difieren tanto de los que tú recuerdas, como la noche del día. Entonces privaban en los caballeros los sentimiento» del honor y la galantería, los actos de valor, la fama de las proezas, el amor a la justicia, los sacrificios por la patria y, en una palabra, el desinterés y magnanimidad en todas las acciones públicas y privadas de su vida. Ahora, Sancho, debemos seguir el espíritu del tiempo, y ajustarnos a

otros moldes, porque a los sentimientos del honor y galantería, han sucedido las ideas de libertad y de progreso; a los actos de valentía y fama de las proezas, la habilidad industrial y las empresas científicas; al amor de la justicia, el criterio más provechoso de la utilidad; y al desinterés y magnanimidad en todos los negocios de la vida, la dualidad de conciencia, esto es, una conciencia para lo privado y otra para lo público, tal así como tiene uno dos vestidos, uno para la casa y otro para la calle. No te maravilles, pues, de que no invoque a Dulcinea, porque los espíritus fuertes del siglo no se enamoran, ni andan en platónicos requiebros. Sábelo y apúntalo bien en la memoria: la dama de mis pensamientos, la reina y señora de mi voluntad es únicamente la gran idea, la idea santa y esplendorosa del progreso moderno, por la cual ya te he dicho que batallaré sin tregua ni descanso, con armas o sin ellas, al raso o en poblado, contra quien haya lugar en ambos hemisferios, contra chicos y grandes, aunque sean príncipes y potestades, pontífices y emperadores.

—¿Y cómo ha podido su merced, en las pocas horas que han pasado desde que despertamos, aprender tantísimas cosas de que no le había oído hablar nunca? —le preguntó Sancho, cada vez más confuso y admirado.

—Eso no lo llegarás a saber en todos los días de tu vida, porque son ciencias ocultas, cosas del mundo invisible, que sólo al espiritismo atañen, y tan ocultas que mueve a risa la candidez del sabio comentador de mi historia D. Diego de Clemencín, y de otros no menos versados que él en ciencias y letras, los cuales achacan a yerros cronológicos del discretísimo Cervantes el que tan pronto fuese yo contemporáneo de Carlo Magno como de D. Felipe II, y ahora se asombrarían aun más de que también lo sea del rey niño D. Alfonso XIII. Estas son, Sancho amigo, cosas muy arduas, que los ingenios medianos no pueden digerir, porque han menester moléculas privilegiadas y mucha cantidad de fósforo en las células del cerebro.

—Pero no quiero que se vaya su merced tan alto en sus razonamientos, sino que se baje lo más posible, y me diga las cosas pan pan, vino vino, respondiéndome lisa y llanamente a lo que le fuere preguntando. No pongo en duda que el alma puede estarse por toda una eternidad donde Dios sea servido mandarla, pero no paso a creer que el cuerpo pueda estarse vivo años y más años, sin meterle todos los días cosas de sustento en el estóma-

go, ni estirar los miembros para que no se tullan; lo mismo que es de pasmar a cualquiera lo que su merced me ha dicho, de que ya pasaron a mejor vida todos nuestros parientes y amigos y cuantas criaturas conocimos en el mundo, de las cuales no hay ni polvo.

—Bien descubres, Sancho, que no conoces el libro de la historia ni por el forro. Por él sabrías que los casos de hipnotismo son muy viejos en el mundo, y que de este raro privilegio no suelen gozar sino contadas personas, en sus cuerpos vivientes tan sólo, sin extenderse a las cosas inanimadas que les son accesorias, como los vestidos, que el tiempo consume, según nos ha pasado a nosotros. Sin remontar mucho en la antigüedad, tenemos al griego Epiménides, que durmió en una caverna más de cuarenta años, y despertó lleno de sabiduría y del espíritu de saludables reformas; tenemos también a Federico Barbarroja, emperador de Alemania, gran capitán y destructor de ciudades, que no ha muerto todavía, sino que vive magnetizado desde hace setecientos años en un viejo castillo, situado en la cumbre de una montaña, con los codos apoyados sobre una mesa de piedra, y la barba tan crecida que ha abrazado la mesa y dado nueve veces la vuelta alrededor de ella; tenemos al gran Mameluco, rey o señor de Persia, como quieras llamarlo, dormido o hipnotizado durante novecientos años; y al mismísimo sabio Merlín, que está dormido bajo una piedra solitaria o en el fondo de una laguna; y al poderoso rey Artur que, según unos, duerme en Sicilia bajo el Etna, y según otros, vive transfigurado en un cuervo, por obra de la metempsicosis, para reaparecer de nuevo en la Gran Bretaña, tomar su cetro y corona, y dar libertad a la infortunada Irlanda, según lo tengo entendido.

—Una cosa voy a suplicarle, mi amo y señor, y es que no se le ocurra hablarme de estas historias en la quietud y silencio de la noche, porque, a según se me ponen ahora los pelos de punta, conjeturo que no podría pegar los ojos ni apartarme un ápice del cuerpo de su merced.

—Pues buen cuidado tendré. Sancho, de no excitar tu miedo a tales horas, porque nada bueno saco de tu estrecha proximidad, sino vituperio para mis narices, como en la mal oliente y desdichada aventura de los batanes. Volviendo al caso que nos sucede, por extraordinario que te parezca, verás que es cosa efectuada y repetida muchas veces; y gracias debemos dar al cielo que nos haya tocado dormir largo en tan honrada mansión como el

palacio de Montesinos, y despertar en posesión y ejercicio de nuestros propios cuerpos, porque menos noble y decoroso habría sido que nos hubiera transformado Merlín, como al rey Artur, en algún animal cuadrúpedo, volátil, acuático o rastrero, convirtiéndonos, por ejemplo, a mí en pelícano y a tí en ganso, guardando siempre la ley de las semejanzas.

Mientras D. Quijote hablaba, Sancho tenía puesta toda su atención en una cabra de la manada, que andaba por allí cerca, y la seguía con los ojos por todas partes, codicioso de apagar su sed y saciar su hambre con aquel primer socorro que le deparaba el cielo. Así fue que, cuando D. Quijote le habló de la transformación en ganso, Sancho le respondió al punto, señalándole la cabra y dando un prolongadísimo bostezo:

—Más agradeciera yo al señor Merlín que me hiciese cabrito, para mamar de esta cabra la sustanciosa leche que nos brinda.

—Pues yo, sin serlo, ya he satisfecho ese natural deseo, y había olvidado decirte que es el único alimento que por ahora nos conviene, siguiendo los preceptos de la higiene, porque nacemos otra vez a la vida, y estamos en el tiempo preciso de la lactancia.

Y en tanto se encumbraba D. Quijote nuevamente en la historia antigua, por el recuerdo que se le vino a la mente, de Rómulo y Remo, amamantados por una loba. Sancho corrió tras la cabra, que era mansa, y la trajo para que su amo se la tuviese y poder, como lo hizo, prendérsele a chupar desafuadamente, sin dar oídos a las reflexiones y consejos médicos de D. Quijote, quien era de parecer que se fuera poco a poco, y que diera algunos paseos entre trago y trago, a fin de prevenirle contra una aventazón; porque debe saber el lector que el ingenioso hidalgo tornaba a la vida lleno de una ilustración desmedida. Era un pozo de conocimientos universales, doctor en todas las ciencias, maestro en todas las artes, y reformador de todas las cosas. Se expresaba como un sabio enciclopédico, renegando, eso sí, de lo antiguo, y proclamando lo nuevo, con una tenacidad solamente comparable a la que puso en su olvidada profesión de caballero de armas.

Aquella noche se recogieron a dormir en la choza, que aunque incómoda en extremo, le pareció a Sancho mejor alojamiento que la cueva, desde que supo que era la misma del gran Montesinos, de la cual recordaba cuanto D. Quijote dijo haber visto la vez primera que en ella estuvo, o sea al

caballero Durandarte, tendido en el sepulcro, y la fantástica procesión de doncellas, en que iba la grande y fea señora dolorida, con todos los demás encantamientos de que rebosaba la misteriosa cueva.

Entre las muchas advertencias que hizo D. Quijote a Sancho, y los muchos consejos que le dio para la nueva vida que iban a emprender en el Nuevo Mundo, que sería el campo de sus aventuras, le recomendó particularmente que no hablase nunca, ni recordarse por ningún respecto el tiempo ni las cosas tocantes a su primera vida de caballero andante, ni lo que al mismo Sancho concernía como escudero; todo lo cual debía tenerlo por no pensado ni sucedido; y que el larguísimo sueño del que despertaban, por sueño de la imaginación debía tenerlo también, excepto en las íntimas pláticas que entre los dos meramente pasasen, porque aunque eran cosas de todo punto verdaderas, lo extraordinario de ellas, vendría a dar motivo para que el vulgo ignorante los tuviese por brujos, hechiceros o poseídos del demonio, malográndose así el influjo y poder que sobre el pueblo debían de ejercer, para el logro y cumplimiento de sus nuevas empresas.

—Por todo esto, Sancho, te recomiendo y es mi voluntad, que en público no me llames Don Quijote, sino *Doctor Quix*, porque cuadra más a mi nueva carrera el título de doctor que el de don, por la ranciedad de éste, y el apellido Quix, con *x* en vez de *j*, tiene menos apariencia de español que Quijote o Quijano, que es el mío propio. Desecho, pues, la terminación de Quijano, y me quedo con el Quix meramente. Mas, como es natural que las cosas de uso, que, ya no sirven al amo, pasen al criado, te hago gracia y merced de dicha terminación, para que la añadas a tu nombre, y en vez de Sancho te llames *Sanchano*, siguiendo en esto la honrosa costumbre de los romanos, quienes, en subiendo a emperadores, se la añadían, como lo prueban Diocles, Máximo y Justino, que fueron Diocleciano, Maximiano y Justiniano.

—Con la misma franqueza con que su merced me habla, quiero yo contestarle; y así, le suplico que dejemos quietos en sus tumbas a esos señores emperadores, y a mí me deje con el nombre que el cura me puso en el bautismo, sin ponerle ni quitarle cosa alguna, salvo el título de gobernador que su merced me tiene prometido, y que ahora le recuerdo, por si topáremos en las Indias con alguna gobernación que esté por conquistar en la Tie-

rra Firme, pero escogiéndola de modo que no esté poblada de caribes o indios bravos, sino de gente bonachona y tranquila.

—Razón tienes en recordarme el gobierno que te tengo prometido, del cual habrás de gozar en América con más gusto que el que tuviste en la ínsula Barataria. Creo que nunca como ahora, hayas estado tan cerca de satisfacer tus deseos, porque vamos a correr por repúblicas democráticas, y no por vetustas monarquías; y debes saber, que en las repúblicas gobierna el pueblo como soberano, de suerte que en dos trancos puedes subir a las alturas del poder, ora sea al cargo de gobernador o ministro de Estado, ora al de representante en los congresos, para lo cual yo te instruiré de lo que conviene hacer, que no es cosa que pueda arredrarte, ni trabajo superior a tus escasas y mínimas facultades. Por ahora, lo más acertado será reposar, porque me tiene molida tanto ir y venir detrás de las cabras.

La media noche sería, cuando D. Quijote, que raras veces dormía, llamó a su antiguo escudero, para comunicarle los intentos que tenía de hacer una reforma radical en la crianza y educación de las cabras, según lo exigían los adelantamientos en las ciencias naturales, porque en las horas que llevaba de ejercer el oficio de cabrero, había palpado el atraso e imperfección en que se hallaba semejante industria.

—No puede ser, Sancho, que todavía exista en el mundo la profesión de pastor, cosa tan rancia y primitiva, que desdece de la cultura y progreso del siglo. En los centros civilizados, donde el hombre excusa a la naturaleza de obrar por sí sola, ayudándola con las invenciones de su ingenio, no se concibe ya cómo pueda resignarse un pastor a errar por breñas y malezas detrás de la manada, dejando que ésta se huelgue y reproduzca a su antojo, sin sujeción a reglas ni preceptos científicos. No, eso es rudimentario, bárbaro y muy propio de los siglos del oscurantismo. Pensando en esto, me he desvelado para ponerle remedio, el cual no es otro sino que los cabreros de estos campos, concertados e instruidos al efecto, formen el primer Congreso Manchego de Cabrería Perfeccionada, en que se discuta y acuerde la fundación de establecimientos cabríos, según la traza y modelos que habré de indicarles, a fin de encaminar esta industria por el rutilante sendero del progreso moderno.

Hizo en seguida D. Quijote la descripción del establecimiento, que tenía entre ceja y ceja, del cual formaría el plano y escribiría la memoria correspondiente, tan luego recibiere los recados de escribir que, junto con las ropas, había mandado comprar.

Dicho establecimiento sería de forma circular, y en él podrían criarse y educarse cómodamente cuantas cabras se quisiere, bajo la vigilancia de un solo cabrero, el cual viviría en una torre levantada en el centro del edificio. Una gran campana, colocada en la misma torre, indicaría las horas en que las cabras debían dormir, comer, beber, saltar, ser ordeñadas etc., todo automáticamente, por medio de un teclado eléctrico, en el cual estarían escritas las palabras que a cada uno de estos actos concierne, de suerte que el cabrero no haría otro oficio ni movimiento, para gobernar la dócil manada, sino tocar con el dedo la respectiva tecla, lo que le permitiría llevar allí mismo con minuciosidad la estadística cabruna, con expresión de la edad, señales fisonómicas y carácter de cada individuo, y aun dedicarse en la biblioteca del establecimiento al estudio de los más intrincados problemas, tocantes a la selección de las especies animales y al progresivo mejoramiento de las razas.

A la luz de un encendido mechón de paja, con que Sancho le alumbraba, D. Quijote, a medio vestir, trazaba con la punta del cayado sobre el suelo desigual de la choza las líneas del plano, señalando los puntos donde debían construirse los establos, las fuentes, los almacenes para el pasto, los estanques para la leche, los salones para la biblioteca, archivo y demás oficinas, el lugar excusado para las cabras y la torre central de la maquinaria.

Con tal certidumbre hablaba D. Quijote y trazaba en el suelo lo que su exaltada imaginación le sugería, que Sancho no tuvo reparo alguno que hacer, sino más bien quedarse mudo de admiración ante aquella máquina maravillosamente combinada, en que todo estaba previsto, todo calculado, pesado y medido con una exactitud matemática, porque hasta la siembra, corte y transporte de los pastos, así como la hechura de los quesos, la matanza de los cabros y la salazón de las carnes, todo se hacía con sólo tocar el teclado eléctrico. Lo único que se atrevió a observar Sancho fue que cuando el cabrero maquinista se pusiese a escribir o estudiar, encaramado en su torre, no lo podría hacer en quietud y silencio, por el continuo balar y berrrear de tantos miles de cabras, a lo cual le contestó D. Quijote:

—No balarán ni berrearán. Sancho, sino todas en concierto, y cuando el cabrero mueva la tecla del berrido; y esto mismo lo harán acorde, según el tono y diapasón que la misma máquina les dé en cada caso, grave o agudo, piano o forte, al gusto musical del cabrero.

En estas pláticas y altos pensamientos les sorprendió la luz del alba, y los primeros y desacordes balidos de la manada que D. Quijote tenía a su cargo; y de pastor primitivo lo dejaremos, para seguir al muchacho en la compra de las ropas y otros menesteres.